

SERVIR A LA COMUNIÓN

Uno de los quehaceres más importantes de la Iglesia es el cuidado y el fomento de la comunión. La comunión, que según el diccionario es la unión o el contacto entre personas o cosas, solemos asociarla casi exclusivamente a un contexto eucarístico: comulgar, hacer la comunión... Pero la palabra comunión tiene un significado mucho más amplio: comunión es vínculo, enlace, armonía, asociación, alianza.

Entendida de este modo amplio, podemos afirmar que si queremos servir a la comunión es necesario que nos comprometamos a desear y a construir relaciones de afecto, de mutua pertenencia, de corresponsabilidad y corrección fraterna, de respeto y reconocimiento, de empatía y tolerancia, de ayuda concreta y disponibilidad.

Hacer comunión es, también, trabajar juntos, analizando, diseñando y ejecutando acciones y planes compartidos. Todo ello, claro está, entre personas, grupos y sensibilidades que son diversas entre sí: la comunión es la cohesión conseguida entre quienes piensan, sienten y actúan de modos diferentes.

La comunión es, a la vez, un deseo y un fruto. Es deseo porque, aun teniendo motivaciones racionales muy solventes, necesita alimentarse de un profundo sentimiento de fraternidad, igualdad y solidaridad entre las personas, por diferentes que estas sean en sus ideales, orígenes, lenguas, culturas y cosmovisiones. Nada hay que dañe más, e incluso que bloquee el dinamismo de la comunión, que sentirse uno mismo más o mejor que los demás, o percibirlos como enemigos o al menos extraños, recelando de su buena voluntad. De tal modo que uno llega a convencerse de que es el otro quien está equivocado sin que haya posibilidad de diálogo y consenso



A la vez, la comunión es fruto. Porque la comunión se va realizando cuando se van alcanzando nuevas formas concretas y reales de diálogo y debate sincero; cuando se da un discernimiento auténtico; cuando se establecen cauces y procedimientos de consulta; cuando los fundamentos y los valores básicos, que de entrada son compartidos por todos, no se subordinan a los intereses particulares o las convicciones de segundo o tercer nivel; cuando la autoridad se conjuga con la participación responsable de todos. Por otra parte, trabajar por la comunión exige asumir un tipo de diversidad que no puede ser ni antesala de la división ni coartada para la autosuficiencia; al mismo tiempo que se nos reclama una forma de comprender la unidad que no se traduce en uniformidad, conformismo o evasiva de la sana tensión propia de los organismos vivos.

El servicio a la comunión es un compromiso y uno de los grandes intereses eclesiales. Quizá haya toda-

vía algunos que opinen que la diversidad impide o estorba la convivencia y la colaboración en la Iglesia. No digo que sea fácil. Pero, en mi opinión, lo cierto es que la vivencia tolerante y respetuosa de los contrastes y las diferencias es manifestación de vida y libertad. Sin embargo, hay que matizar que, cuando la defensa del pluralismo ya no asume la comunión como bien principal, las relaciones eclesiales se enfrían, la colaboración se deteriora, y el ambiente se vuelve amargo y desalentador. Algo parecido a lo que ocurre cuando la comunión se plantea, incluso se exige, como uniformidad, intransigencia o sumisión acrítica.

La comunión es un requisito imprescindible para la misión. ¿Acaso no nos insiste el propio Jesús en el evangelio: «Os crearán si os amáis como yo os he amado». Y, avanzando un poco más, ¿no es cierto que la Iglesia tiene cada vez más clara conciencia de ser fermento de comunión entre toda la humanidad? Así nos lo recuerda el Concilio: «La Iglesia reconoce, además, cuánto de bueno se halla en el actual dinamismo social: sobre todo la evolución hacia la unidad, el proceso de una sana socialización civil y económica. La promoción de la unidad concuerda con la misión íntima de la Iglesia, ya que ella es “en Cristo como sacramento”, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (*Gaudium et spes* n. 41.) Se trata de aquella unidad que no anula o impide el respeto real a la diversidad y a la libertad de personas y colectivos.

¿Cómo vivimos y facilitamos hoy la comunión eclesial? ¿Qué actitudes y comportamientos la erosionan? Y, para empezar bien, ¿no sería muy constructivo que cada cual se mirara a sí mismo antes que señalar lo que los otros deben hacer? ¿Me atrevería, yo mismo, a señalar algunos obstáculos que me parece que dañan la comunión eclesial? A continuación, señalo unos cuantos, confesando de antemano que también yo participo de algunos de ellos. No sirve a la comunión:

- Vivir al margen, «a mi bola», ignorando lo que hace, lo que desea, lo que planifica la Iglesia a la que pertenezco. Es decir, manteniéndome tranquilo en mi «terreno», ausente de lo que es común.
- Dar más importancia al calificativo (o la denominación): como soy «cura», soy «religiosa»,

soy de «tal o cual grupo o movimiento», soy «provincial, obispo o superior», soy «progresista» o soy «cumplidor», soy «profesor» o soy «consejero»... que al sustantivo: soy bautizado o bautizada, aprendiz de cristiano, miembro de esta Iglesia.

- Creerme (en la práctica claro, porque de palabra nadie lo aceptaría) que soy el mejor, porque soy el que sabe de verdad lo que conviene hacer, el más brillante, el que tiene más talentos y atractivo, el que lleva aquí toda la vida.

• Ser un «bien queda». Porque de esa manera se vive más tranquilo, sin meterse en líos, escudándose en que las cosas son «tan complejas», que «yo no sé», o que «todo desacuerdo es desunión»... De tal modo que, al final, ni digo ni hago nada, con una pasividad que parece esperar que todo descienda de la autoridad... Aunque después tampoco le haga mucho caso.

- Ejercer la autoridad (sea mucha o poca). Es decir, tomar decisiones sin consultar, sin contar con las situaciones personales, sin estudio ni discernimiento compartido, sin sopesar las cargas que habrán de asumir quienes tengan que ponerlas en práctica.

Podríamos continuar enumerando otros obstáculos, pero te invito a preguntarte ¿qué otras formas de deteriorar la comunión eclesial añadirías tú a esta lista?

La comunión necesita alimentarse de un profundo sentimiento de fraternidad, igualdad y solidaridad entre las personas.

JAVIER OÑATE |

